

# Educar es una virtud

Texto y foto YOENIS POMPA SILVA

"Para educar se debe tener amor, dedicación y entrega a la profesión", expresa María del Carmen González, profesora de la Escuela de oficios Frank País García, en Bayamo.

"Desde niña siempre quise ser maestra; recuerdo que en mis juegos infantiles estaba presente el arte de enseñar; era la educadora intransigente, pero sensible; y así crecí, con esa fantasía, hasta que logré, a fuerza de sacrificio, ejercer el magisterio, del cual no he podido desprenderme en más de 20 años.

"Enseñar el hermoso camino de la lengua materna, como especialidad, fue lo que más añoré; por situaciones personales, no pude lograr mi sueño; aunque me siento realizada como maestra primaria", subraya.

Refiere que en noveno grado optó por la especialidad pedagógica y posteriormente se graduó en Manzanillo, en el Instituto Blas Roca Calderío.

"Trabajé en varios centros educativos, pero la escuela primaria Tamara Bunke Vider, del consejo popular Las Mangas, marcó parte de mi vida profesional, durante 16 años", recuerda.

Por su destaca labor, María del Carmen González resultó Educadora ejemplar en el recién finalizado período lectivo, para continuar engrosando el listado de distinciones en su trayectoria laboral.

"He sido reconocida por la calidad en la impartición de clases de lengua materna, tanto a profesores como a estudiantes; de igual manera, en proyectos de sociedades científicas y en las evaluaciones metodológicas", apunta.



Significa que, si no fuera por el apoyo familiar, difícilmente podría realizar sus metas y objetivos.

"Mi esposo, mi suegra y mi cuñada constituyen un núcleo en el que la relaciones, a pesar de las circunstancias, están bien consolidadas. Ellos son mi sostén para seguir formando futuros trabajadores", resalta.

Destaca que trabajar con niños le apasiona, y no se ve reflejada en otra enseñanza que no sea en la de sus pequeños alumnos.

"La constancia y el conocimiento son dos pilares para perfeccionar el trabajo educativo en esta primera etapa escolar, pero más que academia, postgrados y maestrías, educar es una virtud", afirma.

# Un guía que sigue sus raíces

Por ORLANDO NARANJO ESCALONA

Siguiendo sus raíces campesinas y eternamente rebeldes, el joven Luis Enrique Pérez Rosales mantiene vínculo directo con la historia y las tradiciones serranas de la comunidad de Santo Domingo, en el municipio granmense de Bartolomé Masó.

Desde muy pequeño tuvo formación patriótica y revolucionaria, a partir de la implicación de la familia y el lugar de residencia en la lucha insurreccional librada por Fidel y el Ejército Rebelde en las elevaciones de la Sierra Maestra.

En la otrora Universidad de Ciencias Pedagógicas Blas Roca, de Manzanillo, adquirió herramientas de la especialidad de Lengua Extranjera (Inglés) y se graduó con honores. Después ejerció la profesión, pero el infinito amor por el campo, la flora y la fauna, y los recovecos de sus lomas lo hicieron cambiar de labor.

"Hice el servicio social en la escuela primaria donde inicié mi vida estudiantil. Ser colega de mis maestros y poder enseñar Inglés



en mi propio pueblo fue y sigue siendo muy hermoso.

"Las aulas aún me apasionan, sentir la alegría de los niños y escucharlos decirte teacher es realmente muy atrayente. Pero más me seduce la libertad de recorrer las montañas, contar sus historias y conocer personas de toda índole, tanto de Cuba como de diversas partes del mundo; es tan emocionante que no sé describir, por eso un buen día salí a hacer realidad mis sueños".

Tras un breve tiempo de trabajo en el Museo de la Comandancia General del Ejército Rebelde en La Plata, se hizo guía turístico del Parque Nacional Turquino, y con tan solo siete años de experiencia en esta faena, ha logrado consolidarse como uno de los jóvenes más íntegros y prometedores de su entorno laboral y comunitario.

"Lo conseguido hasta aquí no significa un gran esfuerzo para mí, lo hago con mucha naturalidad y entrega, es como si saliera todos

los días de casa a conversar y a hacer nuevos amigos, me distraigo, contemplo el verdor de mi sierra y me enamoro cada vez más de ella.

"Me complace, además, que aquí, en mi barrio, donde he vivido toda la vida, todos me respetan y me quieren y que, dentro y fuera de Cuba, existen personas que me recuerdan, no solo porque un día les haya servido de guía, sino por imbuirlos en uno de los pasajes más intrépidos y fascinantes de nuestra historia".

Es regocijante encontrar, en plena Sierra Maestra, a jóvenes talentosos y competentes como Luis Enrique, un versátil montañés que sobresale por hablar perfectamente varios idiomas y charlar de cualquier tema, además de mostrar fervorosa vocación revolucionaria y absoluta condición de patriota.

Es muestra irrevocable de la fortaleza de una juventud que sigue fiel a sus raíces, sembrando historia por toda Cuba.



Estampa del último sábado

Por LUIS CARLOS FRÓMETA AGÜERO  
lcfrometa@gmail.com

# Inesperado retorno

La terminal Villa Nueva, de última espera, abrió sus puertas a quienes pretendían viajar desde la capital cubana a cualquier parte del país. En ese intento, encaminaba el regreso a Bayamo.

Como el abarrotamiento de personas era considerable, acudí al área de transportación por camiones:

-Hasta Bayamo, cinco mil pesitos nada más, fue la respuesta.

Los bolsillos se encogieron y tembló mi tarjeta magnética. Esperanzado aún, llegué a otro de los camioneros, luego a otro, otro y a otro más, todos con la misma propuesta. De regreso al salón principal, un joven de estilo quijotesco entró a escena:

-Puro, allá afuera tengo una guagua arrendada que va para Bayamo.

-¿Precio?

-Cinco mil -dijo sonriente- Es mejor que viajar en camión. Usted decide.

-¿Aceptan transferencia? -pregunté.

-No, hombre, no, pero le indico cómo llegar al cajero más cercano.

Y como la pizarra marcaba tres bolas y dos strikes, acepté.

De regreso, me esperaba el ómnibus y agradecí el gesto. Era el último de los mohicanos, digo, de los pasajeros, en subir a bordo. Avancé por el enmarañado pasillo que recordaba al tren expreso en sus mejores tiempos: una cama de hierro, rollos de mallas pirlé, cajas con botas para agua, paquetería de todo tipo, tanquetas con petróleo, una nevera y tres gallos de lides, colocados en jabas de tela, obstaculizaban el acceso interior.

Sorteando escollos llegué a mi puesto, abrí la ventanilla en busca de aire puro y en breve Morfeo, dios de los sueños en la mitología griega, lanzaba señales de aviso, mientras aquel aparato rodante marchaba a regañadientes, hasta detenerse en las afueras de la capital cubana:

-Se partió la correa- alertó uno de la tripulación y en poco tiempo el problema quedó solucionado. De nuevo en marcha, pero, como la alegría en casa del pobre dura poco, el nuevo aviso tensó el ambiente:

-Caballeros, esto se ponchó y demoraremos un poco, porque no traemos gato hidráulico. Pasada la hora, apareció el felino, prestado por un solidario.

Al sobrepasar los límites de la capital agramontina, la noche anunciaba su llegada, cuando un nuevo parte puso en jaque a todos:

-Por favor, la batería apenas tiene carga y continuar la marcha a oscuras, es peligrosa para nuestras vidas. Entraremos al parqueo más cercano, hasta que amanezca.

La irritación multiplicaba el malestar entre los viajeros: los celulares sonaban sin descanso en medio del apagón acompañante, los moquitos avanzaban como expertos espadachines medievales y el reclamo de trasbordo a otro medio con similar destino, se tornaba inminente.

Pensé entonces en la caja de Pandora, recipiente de la mitología griega, tomado de la historia homónima de la primera mujer creada por Hefesto, tras la orden de Zeus, y que contenía todos los males del mundo. No sabía en qué lugar, pero la imaginaba entre los bultos.

Al llegar la alborada, solo cinco pasajeros quedamos a bordo. Arrancó el Bumbunchácata y antes de llegar a Las Tunas explotó una de las gomas traseras, que obligó a reducir la marcha.

En medio de interminables horas de agonía y paciencia, otra vez el dilema del gato hidráulico y la indolegable resistencia de los escasos pasajeros aferrados al dicho: No hay mal que por bien no venga.

Sustituido el neumático... ¡A la marcha con obstáculos! Felizmente, Bayamo: 31 horas de viaje, muchas historias por contar y una maceta de anoncillos, regalo de los chóferes, a los vencedores de lo imposible.

